

Vine a Comala

Claudio Isaac

Oriundo de Comala, Colima, Claudio Isaac, en esta obra en proceso de creación, rinde un homenaje literario a su tierra natal al estilo fragmentario y pleno de la poética de Juan Rulfo.

DE UN POBLADO A LAS FALDAS DEL VOLCÁN DE NIEVE, llegó de nueva cuenta el rumor del final del mundo. Esta vez se decía que todo se acababa en tres semanas, que ahora sí iba en serio. Algunas personas en Comala se burlaron del asunto y otras, la mayoría, se dejaron llevar por la aflicción. Mi vecino, Rutilio González González, criador de puercos, fue el que me sorprendió más. Ante el anuncio reflexionó así:

—Mira, vale —me dijo como en confesión—, yo siempre quise tener un camión de redilas, pero nunca se me hizo. Creo que ahora es cuando, porque con lo ahorrado me alcanza para pagar el enganche...

Rutilio calculaba que para cuando le tocara pagar la segunda mensualidad, el mundo ya habría desaparecido. Durante esta fiebre del Apocalipsis que asoló al pueblo, él era el único que andaba feliz y campante, con cara de anhelo cumplido.

DE NIÑA, A ELPIDIA LE DABA POR COMER TIERRA. En parte porque la familia era pobre y de vez en vez se encontraba hambrienta, pero también por unos arranques de antojo que se le desataban tras la lluvia, con el olor a tierra mojada. Empezó partiendo macetas de barro y comiéndose los pedazos, pero cuando la regañaron por los destrozos en el patio, acabó hincándose frente a la jardinera y tragándose los terrones a manos llenas.

El vicio le fue aumentando y, puesto que ya no quería comer otra cosa, le acabaron dando la debilidad y los síntomas de la anemia. Hubo que llevarla, ojerosa y con temblores, a que el boticario de Villa de Álvarez le recetara un montón de vitaminas y sustancias. Se salvó por escaso margen.

Ya adulta, cuando Elpidia se embarazó de los gemelos, regresó la amenaza junto con la temporada de

aguaceros y avivada por los caprichos súbitos de su condición. Danilo, su marido, la traía vigilada todo el día, y cuando salía dejaba a su suegra cuidando que no se acercara demasiado a los arriates de la terraza y sus tentaciones.

Todavía ahora, ya vieja, se inquieta cuando los nubarrones anuncian la lluvia, y ella misma pide que le amarren las muñecas al brazo de la silla de jardín. Así, como Odiseo con el canto de las sirenas, ella disfruta el aroma de la tierra húmeda, sabiendo que no corre peligro.

UN SIRENO DE COSTUMBRES LASCIVAS HABITA en las playas de Colima y Jalisco, se dice que maniobra como un fauno de los mares, seduciendo a las jóvenes bañistas, sobre todo a las que son vírgenes.

La leyenda viene muy bien en aquellos casos en que una señorita de sociedad queda embarazada. Lo más hermoso es el nombre del personaje mítico: *el Gentil*.

—Padre —dirá la muchacha que ya no puede ocultar su vientre crecido—, ¿recuerda usted esa vacación en que fuimos a la Boca del Río Pascuales? Pues no le había querido decir, pero una tarde, al pasarme del agua dulce a la del mar, esquivé un par de olas mansas y luego una fuerza desde el fondo me tomó del tobillo, me jaló y me hundió y me hizo suya... era el Gentil...

DE TANTO DEPILARSE A LA USANZA DE LAS ACTRICES de una era extinta, Micaela se ha quedado sin cejas. Se las tiene que delinear con lápiz cada mañana. De esto, la única ventaja parece residir en el hecho de que día a día puede dibujarse las cejas de acuerdo al ánimo con que haya amanecido: arqueadas, frunciadas, espesas, delgadas. Si tiene algo que desaprobárselo a su marido Jorge Rocha, conviene que sean frunci-



Francisco de la Torre, *El caminante*, 1910

das, así lo atormenta desde antes de pronunciar palabra alguna. Él, dedica gran parte de su tiempo a la *creación* de automóviles y otros artefactos. Con distintas piezas sueltas construyó un órgano eléctrico, mismo que sin haber recibido lecciones formales, toca con aire inspirado antes de la hora de comer. También fabricó una motocicleta con partes de un viejo Mercedes Benz.

—Cuando lo abrí en pedazos —explica—, me di cuenta de lo bien hechos que están esos méndigos carros alemanes, una chulada...

Pero su gran obra es sin duda el que llama su “Rolls-Rocha”, concebido a partir de la retacería de varios autos inservibles. La parrilla del auto singular ostenta una placa metálica con las iniciales J-N-R. ¿Qué significan? En realidad, Jorge se llama José Natividad Rocha, pero cumpliendo los cuarenta años le gustó más el nombre de Jorge, así es que lo adoptó. Pronto no había quien no lo llamara, de buena gana y sin mayor cuestionamiento, por su nuevo nombre.

Todos sus artefactos están pintados con un color bermellón buganvilla cuyo tono impar le tomó meses de experimentar mezclas de distintas lacas automotrices.

—Es mi color distintivo —ha dicho con orgullo—, éste sólo lo tengo yo.

En general, luce satisfecho del resultado, aunque de pronto, brevemente, duda:

—¿No estará muy jotón?

Rocha es dueño de una sala de cine a la entrada de la Villa de Álvarez. Toda la familia labora ahí: unos en la *lonchería*, guisando y sirviendo, otros en la taquilla o recogiendo boletos en la entrada. Aunque

sólo son quince minutos de carretera para transportarse desde Comala, usan un auto convencional, la vagoneta de Micaela, pues aunque nunca lo mencionan todos ellos saben que el “Rolls” es temperamental y por tanto poco confiable, a menudo se queda tirado en el camino. En todo caso, Rocha toma las cosas con calma.

DECIRES DE ROCHA:

No entiendo a los de la Ciudad, que güevonean de prisa.

Hay que güevonear despacio, como en la provincia.

Las mujeres, como los relojes: cuando jalan, jalan.

Las mujeres, como las pistolas: ocupan hombre.

Se entiende que aquí el término *ocupar* equivale a requerir. A la hora del aperitivo, Rocha prepara en un vaso alto un coctel que bautizó el “Rocha Special”, que no *ocupa* “meneo”, ya que al agregársele agua mineral burbujeante al final, los ingredientes se mezclan por sí mismos.

De las frases sobre mujeres existen muchas otras que podrían denotar una veta misógina y de dominación masculina. Pero la verdad es que aquí hay un matriarcado encubierto. Rocha habla, bravuconea, pero Micaela manda.

LA NANA JULIA, AL CUIDADO DE LOS MÁS PEQUEÑOS de la familia Ahumada, les imparte sus primeras lecciones de geografía durante un día de campo. Señala una formación de nubes grises más allá de las Montañas del Jabalí.

—Niños —les dice con dulzura inolvidable—, ¿ven esas nubes abultadas allí a lo lejos? Pues quiere decir que está lloviendo en China.

DON ERNESTO, EL OCTOGENARIO ENCARGADO DE LAS PLANTAS en la Plaza de Armas, puede ser visto por las noches, revisando las jardineras concienzudamente con una linterna. No son horarios para un empleado municipal de su naturaleza, pero es que él busca los rastros devastadores de las hormigas arrieras.

Declara Ernesto:

—Las arrieras *saben* salir de noche.

UN VIAJE A MARTE, NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN NAIF de un autor colimense, narra la aventura de un grupo internacional de cosmonautas que pretendía ir a la Luna pero por un error de cálculo en la navegación termina en Marte. Justo antes de entrar por la escotilla de la nave, el jefe de la expedición propone:

—Se me ocurre que, puesto que venimos miembros de distintos países, adoptemos para las mediciones el sistema métrico decimal...

Mientras se aprueba la moción, la única cosmonauta mujer aprovecha para sacar su espejito de bolso y pintarse los labios. La nave despegaba pero un medidor del tablero empieza a fallar.

Por lo sugestivo de su sonoridad (comal, mal, mala, Comala), Rulfo tomó prestado el nombre de un pueblo de la región de Colima para situar su trama de espectros.

—¿Qué haremos? Esto tendría que arreglarlo un experto —comentan entre sí. Nadie se pregunta por qué, dentro del grupo selecto de viajeros, no hay un experto en la materia tecnológica. Así, van a dar a Marte.

EN EL RÍO ARMERÍA UN TRÍO DE NIÑOS en calzones práctica clavados. Es la distracción obligada para aquellos que viven en el mísero bohío sin nombre que está asentado del otro lado de la carretera. De pronto, interrumpen su actividad, admirados por la presencia de una pareja de turistas, evidentemente capitalinos. De estos personajes todo les parece sorprendente y novedoso, desde el acento que ellos consideran “cantado” hasta la marca de cigarrillos que fuman. Quieren acercarse, hacerles conversación, pero la estampa cosmopolita les impone. Uno de ellos se aventura a hablarles, y presumiendo de también poseer bagaje mundano, les espeta su mejor carta:

—Pues yo tuve un tío que murió en un hospital de Guadalajara...

LA LUCHA AL AIRE LIBRE. Un círculo de gradas, rodeado por altas y espigadas palmeras. Un cielo estrellado. En el cuadrilátero se enfrentan un enmascarado convencional, de capa satinada, y un luchador de pelo exageradamente largo, de los llamados “rudos”. En el primer asalto, los contendientes se semblantean prolongadamente, sin llegar a tener contacto. Impacientado, un miembro del público rompe el silencio con un grito ronco:

—Ya rómpele su madre, pinche *Daniela*...

Por supuesto, el aficionado le habla al “rudo”, y le dice *Daniela* en referencia a la cantante de moda Daniela Romo, quien característicamente lleva el cabello hasta la cintura. Como siempre, los comentarios espontáneos del público rivalizan con el espectáculo y amenazan con distraer el interés.

EN EL AEROPUERTO DE MANZANILLO SE REÚNEN FOTÓGRAFOS DE PRENSA y reporteros, pues están llegando esa mañana diversas figuras del espectáculo, que participarán en un Palenque.

Baja la escalerilla del avión el actor y cantante Jorge Vargas, lleva del brazo a una mujer rubia. Aunque la carrera del señor Vargas ya abarca un par de décadas,

hay que admitir que es más famoso por haber estado casado con Lupita D’Alessio, cantante popular cuyas canciones combativas que desmitifican el machismo reinante han convulsionado y escandalizado a la buena sociedad. Vargas, que no suelta a la rubia, es abordado por los reporteros, uno de ellos le acerca un micrófono y pregunta:

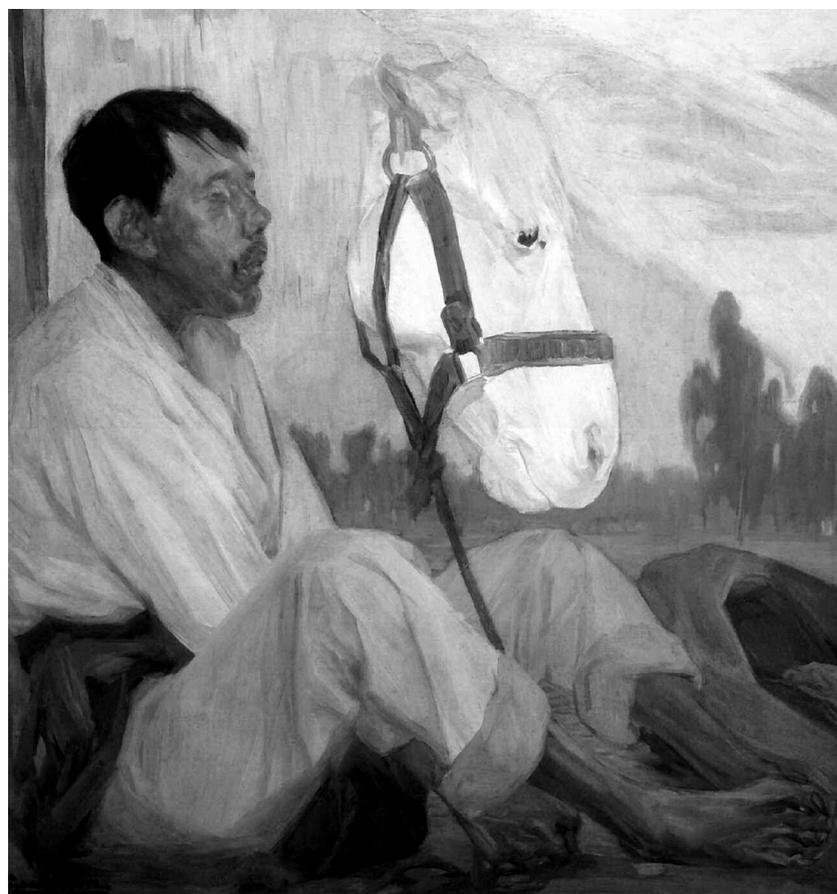
—Jorge, ¿su nueva esposa también es cantante?

A lo que, seco, él responde:

—No, es francesa.

Si seguimos la lógica del pensamiento de Jorge Vargas, lo francés quita lo cantante. En realidad, muchos piensan lo mismo, con todo y la evidencia de Edith Piaf.

LEONCIO, QUE PINTA CARTELES COMERCIALES, Y ESTELA, que es subgerente de la sucursal Tecomán de un banco, se citan cuando pueden en un motel del pueblo contiguo, para evitar que alguien conocido los vea o identifique sus autos. Se entiende que ambos están casados



Diego Rivera, *La era*, 1904

por su lado y llevan vida de familia en Tecomán. Los fines de semana es habitual que los lugareños pasen el día en el paraje costeño más cercano, Los huizaches. Desesperada por resolver esta situación que le oprime, Estela le propone a Leoncio asistir al paseo costeño el domingo entrante, cada quien con su familia, cada familia en un sitio propio de la misma playa.

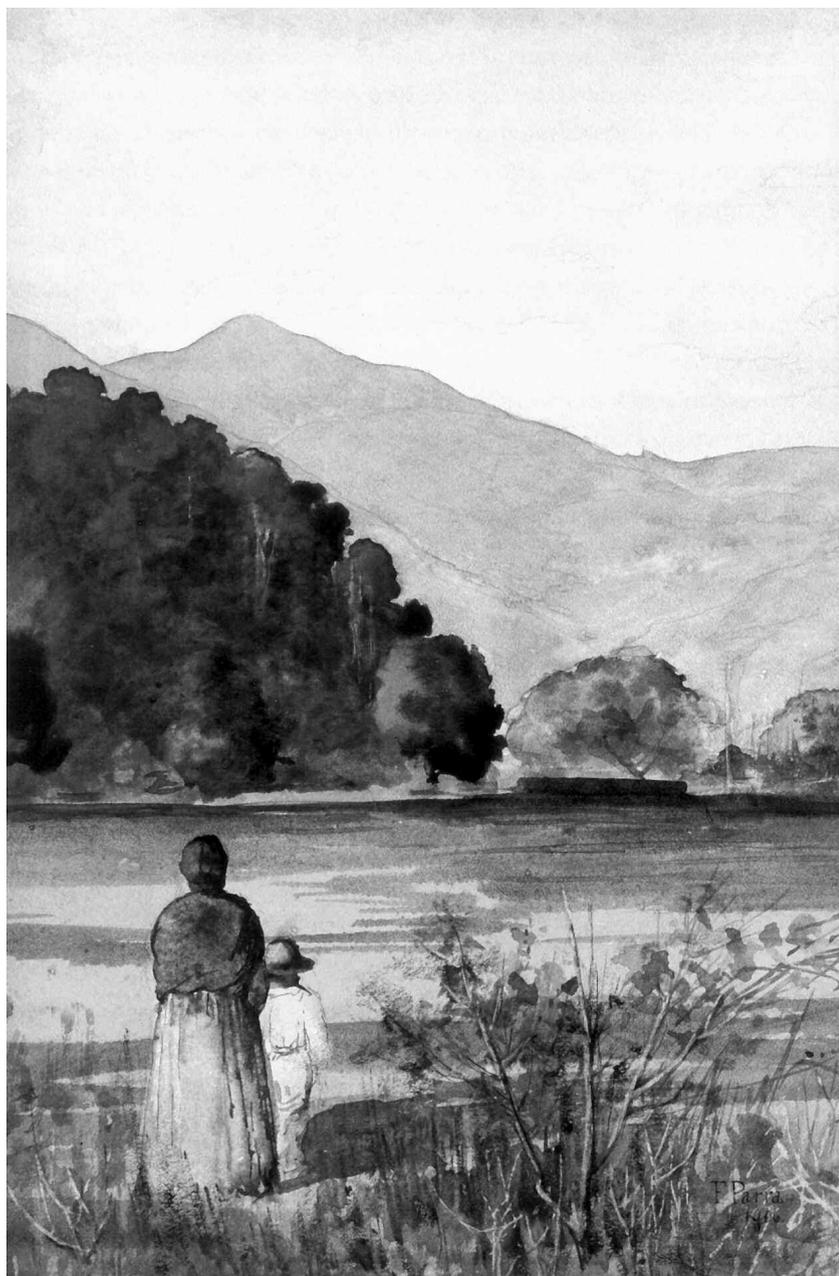
—A una hora acordada, las once y media, coincidimos en meternos al mar —explica Estela—, tú por los riscos, yo por donde las palapas, pero ambos a la vista plena de todos los asistentes, la sociedad de Tecomán. Nos adentramos en el mar, treinta, cuarenta metros y luego nos dejamos llevar por la corriente.

Ante la inquietud de Leoncio, ella añade:

—Iríamos a dar a la playa de Cocoterros...

—¿Y qué más? —pregunta Leoncio.

—Y ahí tomamos el camión de línea que sale a la una para el norte... Yo tengo una tía Amparo que vive en Tijuana.



Félix Parra, *Paisaje con mujer y niño, s/f*

No se sabe si los amantes se ahogaron en el arrastre de la marea o si viven en Tijuana, nadie conocía a la tía Amparo.

ENCORVADA, ENJUTA Y DESDENTADA, con el cabello blanco amarrado en un chongo, siempre vestida de negro, Juanita es la caricatura de una viuda de pueblo, (sin el vestido, una bruja de Goya, indudablemente). Poco después de morir su marido —un borracho abusador que sólo dejó deudas, otro personaje pasado de típico— ella se vio obligada a tomar trabajo como empleada doméstica en casa de alguna familia adinerada de Comala. Pronto, se producen rispidez y conflictos con la cocinera y la lavandera, a quienes les ha inventado chismes que le lleva a la patrona. Pero, sobre todo, se ha dejado llevar por delirios lúbricos, y ha inventado que el joven jardinero suplente, Josué, un fanático del físicoculturismo, la persigue con intención de violarla.

Muere una tía lejana de Juanita y le hereda una casa, joyas y un poco de dinero. Consecuentemente, Juanita deja su empleo y se dedica a atender la casa: barre, trapea, pule vasijas, limpia la plata. Con una franela repasa la superficie de los macizos muebles de marquetería *art déco* que destacan como el más valioso de sus tesoros. Por un rato, se sienta discretamente en la mecedora y ve pasar a los vecinos por la ventana. Pero al caer la tarde, Juanita sale de la casa, la cierra pasándole doble llave, y se va a dormir a su miserable jacal, con su piso de tierra y el techo carcomido por la polilla. Nadie se explica este comportamiento. Pero Juanita razona que, no habiéndose llevado para nada bien con la ahora difunta, de la que resultó heredera sólo por ser la única familiar localizable, de dormir en su recámara, ésta podría aparecésele en la noche para jalarle los pies.

—Mejor descanso en mi piso de tierra, confiesa.

LA PRIMERA MUJER GOBERNADORA en la historia de México fue elegida en Colima. Un comalteco comenta:

—Escuché su discurso de toma de posesión y hay que admitir que aunque sea vieja tiene buen diptongo...

EN VIDA, EL CARPINTERO DON ROSENDO JAHUEY se quedó sordo, tal vez por la intensidad del ruido de su propia sierra eléctrica. Una vez muerto, el fantasma de Rosendo gusta posarse junto a la pileta de su patio, a la luz de la luna. Como es sordo, no oye a la gente que se acerca, y es él quien continuamente se espanta.

FRENTE A UN LOTE BALDÍO LUCE UN AVISO QUE LEE ASÍ: Se vende este terreno bonito, 100 mil pesos. Lo menos, 75 mil. **■**